

habia desaparecido ¹. ¡Dios mio! ¡Cuánta vergüenza me causan los delitos de mi juventud y mis ignorancias! Yo os propongo huir tanto de los placeres del mundo, que mi odio al pecado supere al afecto, que algun día le tuve por desgracia.

AFFECTOS.

¿Quiéres encontrar á Jesus, alma ansiosa de su amor? Para obtenerlo sube al Calvario; examina y vuelve á examinar su vida, y no lo hallarás sino en la cruz; porque, desde que tomó nuestra carne, estuvo viviendo entre penas ². Ruégote, pues, Jesus mio, que me concedas que todo gozo sin ti, me sea fastidioso, y que el padecer por ti, me sirva de placer ³.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

DIA V.



Se hará todo como el primer día, hasta la siguiente

MEDITACION.

AMOR DEL CORAZÓN DE JESUS Á TODOS LOS HOMBRES.

PUNTO SEGUNDO. No es Dios aceptador de personas, mas se complace en cualquiera gente, que lo

¹ Salm. 37, vv. 35, 36.

² S. Bernard., serm. de Passione.

³ Tædeat me gaudere sine Te, et delectet me tristari pro Te. (S. Augustin. Meditat., cap. 7.)

teme y obra bien ¹; y como quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad ², ni un solo hombre hay ni habrá, á quien Dios no ame; pues nadie puede esconderse del calor de este amor divino. El Corazon de Jesus es el depósito de este amor de Dios á los hombres, y por medio de él ha querido manifestárnoslo, pues como dice el discípulo amado, *se demostró la caridad de Dios hácia nosotros, en que Dios envió al mundo á su unigénito, para que vivamos por él, y fuese propiciacion por nuestros pecados* ³.

Y es este amor del Corazon de Jesus puramente gratuito, sin que haya precedido mérito alguno de parte de los hombres; *pues siendo nosotros sus enemigos, hemos sido reconciliados con Dios por su sangre, y justificados en ella, nos salvamos de la ira divina por él mismo* ⁴. Así es que, siempre que leemos en las divinas Escrituras, que Dios nos amó y que amó al mundo, debe cada uno de los hombres decir con San Pablo: *Dios me amó, y se entregó á sí mismo por mí* ⁵. Esto quiere decir que el Corazon de Jesus, no solo nos ama sin merecerlo nosotros, sino que nos devuelve amor por odio, pues nos ama cuando por la culpa no somos sino objeto de ira é indignacion.

Mas este Corazon amantísimo sabe discernir en los hombres lo que pertenece en ellos á la bondad y sabiduría divinas, y lo que proviene esencialmente de la malicia humana, amando lo que es suyo y aborreciendo lo que es nuestro, detestando el peca-

¹ Actor. cap. 10, v. 35.

² 1.^a Timot. 2, 4.

³ 1.^a Joan. cap. 4, v. 9.

⁴ Roman. cap. 5, v. 9.

⁵ Dillexit me et tradidit semetipsum pro me. (Galat. cap. 2, v. 20.)

do y queriendo entrañablemente al pecador, pues lleva impresa en su alma la imágen de la naturaleza divina. Perfectísima como es en su sér cada una de las almas, es un trasunto acabado de la Divinidad, complaciéndose Dios en considerar estas hermosuras, que él mismo ha criado: y así como en el gobierno del mundo tiene aplicada su providencia á la conservacion de cada uno de los hombres, como si fuera él solo el único sér en la gran série de las criaturas, así en la ejecucion de la obra de su amor para santificar las almas y salvarlas de la perdicion eterna, se conduce este Dios misericordioso con cada una con tanta solicitud, como si á ella sola se debiese aplicar el fruto infinito de la sangre, que reconcilió el cielo, la tierra y cuanto hay en ellos ¹.

¡Ah! es tan grande el amor que el Corazon de Jesus tiene á los hombres, que haria, si necesario fuera, por cada uno, cuanto en el exceso de su caridad ejecutara por todos; porque es un amor inmenso, y no se satisfaria, si no fueran inmensos los beneficios que dispensa. Son ya infinitos los favores que hemos recibido de él, al ser sacados de la nada, pues antes de criarnos ha ostentado su omnipotencia para prepararnos una morada. Sol, luna, estrellas, cielo y tierra, y todo lo bello y agradable que contienen, todo fué hecho para el hombre, es decir, para todos y para cada uno, entrando en aquel conjunto hasta la creacion de los ángeles ². Si los beneficios en el órden de la creacion son inapreciables, ¿quién podrá valorar los que tienen por objeto

¹ Colossen. cap. 1, v. 20.

² Omnia propter me, et ipsos etiam angelos. (Div. August. Soliloq., cap. 27.)

salvar nuestras almas de la muerte eterna, y elevarlas á una dicha que Dios no estaba obligado á prometernos, cuando nos crió, y mucho menos á restituirla, despues de haberla perdido por la culpa? ¡Ah! ¡Cuántos derechos tiene Jesucristo á nuestra gratitud y amor! Y siendo correlativos el derecho y el deber ¿cómo cumpliremos con este, si somos ingratos á ese amor infinito? Aprendamos en el amor que Jesus nos tiene, el que nosotros debemos tenerle á él.

PUNTO SEGUNDO. Para humillarse ante el Señor y aun anonadarse, no hay mas que pensar en la causa por que ha amado con tanto exceso al hombre. Porque, siendo éste polvo y ceniza, y habiendo despreciado á Dios con altivez, ¿qué ha podido ver este Dios en él, para haberlo convertido de siervo del pecado, en hijo de adopcion, y de vaso de ira en objeto de amor? ¿Podia encontrarse en el hombre alguna obra que moviese al Dios justo á amarlo? Cuando la luz vino al mundo, la pospusieron los hombres á las tinieblas, porque sus obras eran malas ¹. Cuando el pecado como venenoso cáncer inficionó toda la masa de la humanidad, cundió por todas partes, quedando solamente intacto un Corazon, en cuyo seno no podia penetrar, porque era santo é inocente, segregado de los pecadores, sin mancha é impecable por naturaleza: y otro que, preservado por la gracia del Altísimo, fué tambien siempre santo é inocente, porque estaba predestinado en los consejos divinos á dar calor y animacion al Corazon del mismo Dios hecho hombre.

Nada habia por tanto en el hombre, para que

¹ Joan. cap. 3, v. 19.

Dios lo mirase con amor. Pero miró el Padre al Corazon de Jesus, en el cual se complacia, ora por su santidad infinita, ora porque contenia aquel fuego, que habia de abrasar la tierra, y en él y por él amó á los hombres en caridad eterna ¹. ¡Oh cuánto debe la humanidad al Corazon de Jesus! Así como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, pecando todos en él y muriendo tambien todos en él á la gracia, así tambien por la justicia de uno solo, que es el hombre Dios, reciben todos los hombres la remision de la culpa, la gracia y justificacion, y la santidad que los lleva al cielo, sobreabundando la gracia, donde abundó el delito. De modo que, así como el pecado del primer hombre encierra un desprecio formal de la Divinidad, y una falta absoluta de caridad hácia todos sus hijos, que en él y por él son condenados á la muerte temporal y eterna, así cuanto hace el Hijo de Dios hecho hombre es una prueba irrefragable, de que hay en su Corazon un amor infinito á su Eterno Padre, con el cual ama tambien á los hombres, á quienes en vista de este amor santifica el mismo Padre, llamándolos hijos suyos, herederos de su gloria, herederos de Dios, coherederos de Cristo ².

¡Ah! ¿Quién seguirá las huellas de Jesus al través de las ciudades y aldeas de la Judea, sin quedar atónito, absorto, y enamorado de un Dios, que suda, se fatiga y se ve lleno de polvo por lo mucho que ha caminado, para ir derramando por todas partes las llamas de su amor á los hombres? El pesebre y la cruz son el principio y fin de una vida de pobreza y abyeccion, de persecuciones y afren-

¹ Jerem. cap. 31, v. 3.

² Rom. cap. 8, v. 17.

tas, de trabajos y privaciones, de ignominias y tormentos: y este tejido de adversidades es el tosco velo que encubre la majestad infinita, el candor de la eterna luz, el espejo sin mancha, al Hijo de Dios por fin, que da el primer paso de su vida mortal entre la lóbrega tristeza de una cueva de animales, y el último entre los espantosos horrores de un suplicio.

Por mucho que discurramos, nunca podrá nuestra débil razon comprender los misterios divinos; pero una cosa podemos comprender, y debemos tenerla siempre presente, y es que el amor que nos tiene el Corazon de Jesus, es el móvil de esas obras que embargan la razon humana y llenan de estupor aun á los Querubines. Sí, el amor hace que el Hijo de Dios dé un salto desde el trono de su gloria al seno de una Virgen, otro desde este purísimo seno al pobre pesebre, otro del portal á la cruz, otro de la cruz al sepulcro y otro del sepulcro al cielo ¹. Baja de su trono para merecernos la gracia, y vuelve á él para darnos la gloria. ¿Frustraremos por nuestra ingratitud tantos prodigios de amor? ¿Daremos lugar á que Jesus diga, al ver nuestra ingratitud, *luego yo trabajé en vano?* ² Propongamos no amar los bienes transitorios, si queremos ganar los eternos.

MÁXIMAS.

Para amar mucho á Jesucristo, cuyo Corazon nos ama con tanto extremo, es preciso contemplar á menudo los excesos de su amor hácia nosotros. El

¹ S. Gregor. M., Homilia 29 in Evang.

² Isai. cap. 49, v. 4.

Profeta Jeremias dice que la tierra está llena de desolacion, porque no hay ninguno que considere en su corazon ¹. El santo rey David afirma que el ardor celestial que habia en su alma, se inflamaba cuando meditaba: todas las almas, que se desprenden de las cosas de este mundo, vuelan al cielo con las alas de la oracion ².

PROPÓSITOS.

Prometamos al Señor orar cada dia con ánimo recogido y corazon contrito, revolviendo dentro de nosotros mismos el inmenso círculo de las obras del amor divino, en cuya contemplacion emplearíamos toda nuestra vida y aun toda la eternidad sin poderlas comprender; pero si lo hacemos cada dia, descubriremos siempre nuevas bellezas, que encantan nuestras almas, y proporcionan al entendimiento una dicha inefable, que no conoce sino quien la posee.

AFECTOS.

Por el amor demasiado con que Dios nos amó, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó á sí mismo. O Dios mio, si el infel no os ama, no me maravilla, pues no os conoce; pero ¿qué desgracia no es la mia, no amaros despues de haberos conocido por la fe? Os amo, pues, ó Dios mio, y cada dia deseo amaros mas: inflamadme todo en vuestro amor ³.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

¹ Jerem. cap. 12, v. 11.

² Salm. 38, v. 4.

³ Amo te, Deus meus, magisque semper amare cupio. Accendar totus á te, ut totus diligam te. (Div. Aug. Soliloq., c. 19.)

DIA VI.



Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

AMOR DEL CORAZON DE JESUS HACIA LOS PECADORES.

Non vni vocare — in tota sed peccatorum
John omnia
peccatorum
ut...

PUNTO PRIMERO. Muchas veces manifestó Jesus el amor que tenia á los pecadores, llamándolos á sí, comiendo en su compañía y recibéndolos con cariño. Si estos son acusados, encuentran en Jesus un defensor; si se acercan á él con fe y humildad, les absuelve de sus pecados, cura sus enfermedades, les libra de las penas merecidas y les promete bienes inefables. Para animarlos á que acudan á él, ora se compara al Padre amoroso, que recibe en sus brazos al hijo ingrato que, habiendo tomado el patrimonio, lo gasta en liviandades, y arrepentido despues, vuelve al corazon paternal: ora se llama el buen Pastor, que deja aseguradas en su redil las noventa y nueve ovejas, y se fatiga por montes y breñas, buscando la centésima hasta que la halla, y por fin protesta que ha venido á llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores.

¡Qué pruebas tan convincentes y tan sinceras de esta verdad nos dió Jesucristo, y cuán evidentemente mostró que su Corazon estaba herido de este amor hácia los pecadores! Era la salvacion de sus almas el pensamiento único, por decirlo así, que abrigaba en su seno: y para conseguirla, no omitía

ninguno de aquellos medios que le sugería su sabiduría increada: mas cuando veía que sus gracias caían en almas endurecidas, y que estas, lejos de aprovecharse de la misericordia divina, la menospreciaban, ¿qué era lo que pasaba en este Corazon enamorado de los pecadores? ¡Ah! El amabilísimo Jesus se turbaba y contristaba, manifestando en sus palabras que una pena cruel y desgarradora lo oprimía. Así, cuando descubrió á sus discípulos que uno de ellos tenía fraguado en su interior un desig- nio criminal, del cual no se separaba á pesar de lo mucho que él lo amaba, se turbó en el espíritu ¹.

¡Ah! ¿Qué puede turbar al alma inocente de Je- sus? ¿Qué nube de oscuridad puede pasar por aquel Corazon, que vive entre los resplandores de la eterna luz? La desgracia que espera al pecador, que se endurece en el crimen, es lo que contrista al Corazon inalterable del Redentor, y lo que le hace prorumpir en ayes de dolor: pero, para que comprendamos cuán intenso fuese este en el alma de Jesus, hemos de advertir que Jesus no podía turbarse, ni conmo- verse, ni entristecerse, sino por un acto espreso de su voluntad: porque aquella alma santísima gozaba de la vision beatífica, y por razon de la union hi- postática á la persona del Verbo divino, poseía el bien sumo, y era por consiguiente bienaventurada. ¡Ay! La pérdida del pecador es una desgracia in- finita por sus resultados; porque, una vez consuma- da, durará por toda la eternidad; y al verla, Jesus manda á su Corazon que se turbe y estremezca, y á sus castísimos ojos, que lloren ².

Está Jesus enamorado de cada una de las almas:

¹ Joan. cap. 1.º, v. 21.

² Luc. cap. 19, v. 41.

y por mas que los pecadores lo repelan de sí con sus ingratitudes, él no puede menos de tener presente lo que cada uno de ellos le ha costado, y mucho mas cuando lleva en su Corazon todas las almas, como un tesoro que le pertenece. Si alguna de ellas, oyendo la voz de Jesus, se convierte con sinceridad, hay por esto mas gozo en el cielo, que por la vida de noventa y nueve justos ¹: y para lograrlo, Jesus pone de su parte todos los medios que su amor le ha sugerido. Si no lo consiguere, tendrá á lo menos su Corazon la satisfaccion de haber hecho cuanto podia hacer, y aun de haberse entristecido, siendo feliz en sí mismo, viendo que se perdian sin remedio. Pero, ¿quién no se estremece, al pensar que ha sido por tantos años el objeto del cariño del Corazon de un Dios, á quien ha despreciado? El santo Job, á quien no remordia su conciencia de haber faltado á la observancia de la ley divina, decia: *Cuando se levante Dios á juzgar ¿qué haré? Cuando empiece á examinar ¿qué responderé?* ² ¡Ay! ¿Qué diremos nosotros pecadores? Jesus no ha vivido hasta hoy en nuestro corazon, porque le hemos cerrado la puerta: abrá- mossela, echando de él á las criaturas.

PUNTO SEGUNDO. Dos preceptos de amor impuso Jesucristo á los hombres, mandando á sus discípulos que se amasen los unos á los otros ³, y que ama- sen á sus enemigos, é hiciesen bien á los que les hacian mal ⁴. Y como nada hay que mueva tanto á los hombres á hacer una cosa, como el ver que otros mayores que ellos la hacen, al imponer este precepto, que Jesucristo llamó suyo, les dijo que lo ejecutasen

¹ Luc. cap. 15, v. 7.

² Job. cap. 31, v. 14.

³ Joan. cap. 13, v. 34.

⁴ Matth. cap. 5, v. 44.

así como él lo había hecho con ellos. ¿Quién examina la naturaleza del amor de Jesús y el objeto de este afecto, sin alabar la caridad infinita de Dios? Eramos todos pecadores, y por consiguiente enemigos suyos: y eso no obstante, hizo Dios que resplandeciese su amor hácia nosotros, queriendo que su Hijo muriese por los impíos ¹.

Es este amor de Jesús á los pecadores de tal naturaleza, que escede toda comprension criada, por haber llegado á un límite que no es conocido de los mortales. Porque el mismo Jesús nos dice, que en el exceso de amor, nadie puede ir mas allá que á dar su vida por sus amigos ²; mas, este acto, que sería el heroismo del amor entre los hombres, no lo era para el Corazón de Jesús, que daba su vida por los que eran sus enemigos. Y en verdad, sabian los hombres que alguno había dado su vida por su bienhechor; pero se dudaba que alguno muriese por un justo: mas, ¿podría imaginarse nadie, que hubiese quien se sacrificase por sus enemigos? ¡Ah! Es tan benéfico y compasivo el cariño que Jesús profesaba á estos, que se le ve derramar lágrimas, y exhalar profundos suspiros, que salen de un Corazón herido de amor, precisamente porque sabe, que ellos lo odian y maquinan contra su vida, y que esto va á ocasionarles la muerte eterna. ¡Cuánto hace por librarlos de ella! ¡A qué humillaciones descende por ablandar sus corazones!

Para que nos penetremos de la intensidad de este amor, no tenemos mas que echar una mirada á lo que pasa con Jesús y uno de sus discípulos, y quedaremos no solo asombrados, sino rendidos á los

¹ Rom. cap. 5, v. 8.

² Joan. cap. 15, v. 13.

pies de un Dios tan benigno y compasivo. Era este el mayor pecador, que hubo ni habrá hasta la consumacion de los siglos, por haber vendido á Dios por un precio vil, y haber pecado hasta el último momento de su vida contra el Espíritu Santo. ¡Ay! Judas escede en crueldad á las fieras mas sanguinarias, y es el mas vil de todos los hombres, pues despues de haber visto con sus propios ojos tanta omnipotencia y bondad en su maestro, se compromete á venderlo, no por una suma que él exija, sino por lo que sus enemigos dispongan darle ¹. Tan grande como todo esto es la malicia de este pecador, y tan profundo el menosprecio con que mira á Jesucristo.

Entre tanto, el que entre todos sus enemigos lo mira con mas aversion y lo trata con mayor avilantez, es precisamente aquel, á quien Jesús muestra un amor mas espresivo, postrándosele delante, tomándole los piés, lavándose los, besándose los, estrechándose los, y aun regándose los con sus lágrimas, y acompañando esta accion exterior con otra interior aún mas admirable, pues hablaba el Corazón que era todo amor, y bondad, y suavidad, con el que era todo odio, iniquidad y dureza. Entonces decia el Maestro al discípulo aquel amoroso razonamiento que el Profeta espresara, afirmando que se conformaba con que otros lo odiasen y le hiciesen mal, ya que habian querido odiarlo gratuitamente; pero que su Corazón no podia ver, sin partirse de dolor, que un amigo lo maldijese ². ¡Ah! El amor que Jesucristo muestra al discípulo aleve, es una demostracion sensible del que tenia á todos los pecadores, pues en fuerza de este amor bajó del cielo

¹ Hieronym. in Mat. cap. 26.

² Psal. 54, v. 14.

á la tierra. Y ¿dónde estaria yo, si no me hubiera amado tambien de esta manera? Despues de tantas ofensas, ¿cuál sería el estado de mi alma, si en el esceso de su amor, Jesus no me hubiera mirado con ternura? El justo debe al amor de Jesus su justicia, y el pecador su arrepentimiento y sus lágrimas, y ambos le deberán la perseverancia.

Somos pecadores, vamos á convertirnos y á correspondier - Somos MÁXIMAS. discípulos de T. vamos á ayudar con oración y ejemplo. -

Amor celoso - Ya os veo que deseáis ser como lo apóstoles solo los médicos de los pobres etc punto

Preguntaba San Bernardo qué cosa pudo inducir á la Majestad divina á morir entre dos ladrones, como si fuera uno de ellos; y se contesta á sí mismo que está lo hizo el amor, el cual, al manifestarse, no busca lo que conviene á la dignidad del amante, sino lo que es útil al objeto amado ¹. Si la fe no nos asegurase que un Dios, feliz en sí mismo, ha amado con tanto esceso al hombre, que ha salido como fuera de sí por salvarlo, no pudiéramos creerlo. El amor de Jesus á los pecadores ha hecho que la sabiduría eterna se enloqueciese, anonadándose por ellos, como dice San Lorenzo Justiniano ².

que nuestros apóstolado sea de oración y edificación

PROPOSITOS.

Prometamos al Señor no pasar un solo dia sin darle gracias por el amor que nos tenia, cuando estábamos separados de él por el pecado. Así, recordando nuestras iniquidades y el amor del Corazon

¹ ¿Quis fecit hoc? Fecit amor, dignitatis nescius.

² Vid. S. Alf. de Ligor. Práctica de amar á Jesucristo, capítulo 1.º, núm. 11.

de Jesus, lloraremos aquellas, y procuraremos responder á este, amándolo sobre todas las cosas.

AFFECTOS.

—

¡Cuántas veces, ó Jesus mio, me habria absorbido el dragon, si vos no me hubiérais estraído de su boca! Yo os ofendia, y vos me defendíais: yo no os temia, y vos me guardábais. ¡Cuántas veces me habeis sacado, sin sentirlo yo, de las puertas del infierno! Llegaba yo á su entrada, y vos me detuvisteis para que no cayese en él. Son innumerables los favores que os debo. ¿Con qué os los pagaré? Os amaré cuanto pueda, ya que no me sea posible amaros cuanto debo ¹.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA VII.

—

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

AMOR DEL CORAZON DE JESUS Á LOS CORAZONES ARREPENTIDOS.

—

PUNTO PRIMERO. Admirable es la economía de la Providencia divina con los pecadores, hácia los cuales casi siempre se muestra benigna, no confundéndolos con reprensión áspera y manifiesta, sino con palabras amorosas, para infundirles el arrepentimiento.

¹ Augustin. Soliloq. cap. 16, 18.